

## En busca de Héctor Libertella, catorce años más tarde

### Searching for Héctor Libertella, fourteen years later

Esteban Prado<sup>1</sup>

#### Resumen

En 2011 *Hispanamérica. Revista de Literatura* incluyó un texto titulado “En busca de Héctor Libertella”. Se trataba de una crónica en la que se reconstruía la figura de Héctor Libertella a partir de las voces de familiares, amigos y lectores cercanos. En aquellos años de iniciación en la investigación académica, 2009-2010, al tiempo que comenzaba estudios de posgrado, recorrí la ciudad de Buenos Aires con un grabador, yendo a casas, departamentos y cafés, escuchando mucho y tomando nota de todo.

Catorce años más tarde releo aquella crónica y no puedo dejar de apuntar algunos comentarios desde la perspectiva de quien vuelve a tierra después de una década embarcado en el estudio de la obra de Héctor Libertella.

**Palabras clave:** Héctor Libertella; entrevistas; literatura experimental.

#### Abstract

In 2011 *Hispanamérica. Revista de Liteartura* published a text titled “En busca de Héctor Libertella”. It was a chronicle in which the figure of Héctor Libertella was reconstructed through the voices of relatives, friends and readers. During those years of initiation in academic research, 2009-2010, while I was beginning postgraduate studies, I toured the city of Buenos Aires with a tape recorder, going to houses, apartments, and cafes, listening and taking notes of everything.

Fourteen years later I re-read that chronicle and I make some comments from the perspective of someone who landed after a decade of being embarked on the study of Libertella’s works.

**Key-words:** Héctor Libertella; interviews; experimental literature.

El primer libro de Libertella (HL) que llegó a mis manos fue *El árbol de Saussure*, en el 2007. Tenía 22 años y ninguna experiencia con la literatura que violentara de tal manera mi pensamiento.

---

<sup>1</sup> Esteban Prado es Doctor en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Trabaja como docente en el área de Teoría Literaria de la carrera de Letras (FH; UNMDP) y es investigador del Centro de Letras Hispanoamericanas. Ha publicado artículos académicos, relatos, novelas, libros álbum infantiles entre otros. Es librero y editor en El Gran Pez de Mar del Plata.

*La primera noticia sobre HL llegó en un correo de Adriana Bocchino en el que listaba una serie de nombres propios para orientarme en una posible investigación académica. Lo de la experiencia fue así, tal vez, relativizaría esa afirmación iniciática, de “ninguna” a “poca”.*

Más tarde, Guillermo Saavedra me diría que la vanguardia de Libertella era hospitalaria y que su escritura convocaba al lector, nunca lo rechazaba. Lo violento de esa primera experiencia no estaba en el libro, ahora lo sé, sino en otro lado, de mi lado: quería obligar a la literatura a una inteligibilidad que los libros de Libertella no toleran.

*No caben dudas. Había que pararse en otra vereda para leer esos libros. Inicio de una caminata adictiva, que me lleva a buscar en cada nueva baldosa ese desacomodo. En ocasiones, usé esa frase lexicalizada —“ver la Matrix”— para hablar de cómo creí salir de Libertella. Era otra manera de acudir a la parábola de la cetrería de Sarduy. Hoy pienso que no tiene que ver con la mirada ni con una intervención óptica, más bien es una cirugía ocular: después de Libertella no hay ojo, puro nervio óptico pelado queda y no sabés si leés, tocás, mirás o qué.*

Desde ese primer encuentro en 2007 hasta el año 2009 leí buena parte de sus libros, me obsesioné, revisé lo que Libertella había leído, me aseguré de saber qué tenían las librerías y revisé todas las bibliotecas por las que pasé. Vi las películas de las que habla en sus libros y hasta hojeé los libros que él había traducido. Me topé con datos inútiles pero hipnóticos como el del Rhesus, el “mono asexuado” de *El árbol de Saussure*, que Libertella toma de un libro de Herant Katchadourian que tradujo para el Fondo de Cultura Económica en 1983.

*“Revisé lo que Libertella había leído”. Se ríe el coro, el público y hasta el apuntador. Es una hipérbole de objeto directo imposible de realizar, válida para dar dimensión de las veces que rebusqué en catálogos y estantes esas diez letras.*

Empecé a pensar que nunca había leído —o visto— una literatura como esa. Me cautivó la idea de la reescritura infinita, me atemorizó la felicidad con la que se reía de la muerte en sus últimos libros, me quedé atado a determinadas frases, alucinado con la potencia de

sus destellos, de los que hace una fascinante antología en *Zettel*, uno de sus libros póstumos.

En 2009 me instalé por dos meses en Buenos Aires con el propósito de conocer la mayor cantidad de personas que hubiesen estado, de una u otra forma, cerca de Libertella. Sabía, por el prólogo a la reedición de *Nueva escritura en Latinoamérica*, que Martín Kohan era un gran lector de Libertella y que probablemente lo hubiese conocido. Conseguí su e-mail, nos pusimos en contacto y no tardamos en encontrarnos en el café de la librería Eterna Cadencia.

*Ese impase se abrió ante mí como la posibilidad de acercarme y entrevistar a todas las personas de esta crónica. Sin embargo, en marzo de 2009 me había instalado en la ciudad de Buenos Aires en plan de buscarme la vida. Me había ido con Mauricio Juanes a vivir, primero, al monoambiente de Natalia Elías y, luego, al ambiente y medio de Uriel Mehamed, a dos cuadras del Cid Campeador. Me había comprado un mapa de Buenos Aires, había impreso unos cuarenta CVs, había organizado circuitos según sedes de editoriales y cada día caminábamos con Mauricio por distintos barrios buscando trabajo. Antes de salir, pasábamos por un ciber sobre avenida San Martín.*

*Me llama la atención cómo, en ese momento de transición, el futuro se abría ante mí. El azar, por supuesto, estaba ahí para dar su opinión. Yo tenía un nombre, Luciana Weiss, era una colega joven; hasta donde yo creía, estudiante, había escrito algunas ponencias sobre la obra de HL y con la cual había intercambiado algún comentario bibliográfico. En marzo de 2009 le escribí un correo con algunas consultas y un pedido de ayuda en mi búsqueda laboral. Su respuesta, muy amable, me decía:*

Si te interesa, yo estoy a cargo de la selección de personal para la Feria del Libro. Si te parece que es una buena opción, completá la ficha que te envío y mandámela. Luego de recibirla, podremos acordar una entrevista.

*Fui al edificio de la Fundación, conocí a Luciana y volví a casa de Uriel con una gran noticia. Como todo plebeyo con intenciones de operar en la corte, ensamblé un traje de apuro —un pantalón de feria, un saco de mi cuñado, una camisa nueva—. Ese abril trabajé por primera vez en la Feria y desde entonces he ido como empleado, como editor y/o como librero. Nunca valoré lo suficiente esa primera experiencia. Quiero decir, sí la hice valer en todo lo que vino después, pero nunca terminé de valorarla en lo que hace a la posibilidad de entender en quiénes quería cagarse Libertella cuando hacía lo que hacía con sus libros.*

*En julio de ese año iba a trabajar en la feria destinada al público infantil pero la Gripe N1H1 produjo la suspensión de actividades, viajes en colectivos, entre otras medidas. Poppy Bras Harriott me había ido a buscar y, como no podíamos volver a Mar del Plata, terminamos conviviendo —los cuatro— en el ambiente y medio de Uriel.*

*En esos meses previos a aquella primera experiencia pandémica, fue que me contacté con Martín Kohan y nos encontramos en Eterna Cadencia.*

Me senté con mis preguntas y mi grabador y charlamos. Hablamos de la lucidez con que Libertella operó en los 70, de la forma en que recortó, sobre el fondo del Boom latinoamericano, a un grupo de escritores —Lihn, Sarduy, Elizondo, Lamborghini, Arenas— que proponían otra literatura y que lo colocaban a él en otro sistema. Hablamos de cómo ese gesto de ruptura fue sostenido durante treinta años por Libertella “porque, en algún sentido, estuvo siempre reescribiendo y, a la vez, estuvo siempre sobre lo mismo. Entonces, hay una historicidad que hay que tener en cuenta, cómo eso mismo fue orbitando de un modo cada vez más raro”. Con estas palabras, Kohan hacía alusión al modo de trabajar de Libertella, al modo de reescribir sus libros, de quitar un párrafo de uno y colocarlo en otro y hacerlo funcionar de manera muy diferente.

Antes de irme, Kohan me dio una forma de entender la radical originalidad: “Libertella es un tipo que inventa una idea de la literatura”. Esa es otra de las claves. Libertella practica una forma de la literatura inédita y al practicarla la inventa. Sin embargo, esto no lo deja fuera de la historia, en una manipulación de la tradición típica de las vanguardias, Libertella también inventa una filiación para su literatura, una filiación que cruza el Hermetismo y el Barroco, desde Hermes Trimegisto a Góngora y de ahí a Lezama Lima, Sarduy y Octavio Paz y por fin a la Ficción teórica, donde se coloca.

Antes de despedirnos, Kohan me indicó dónde está el “Varela Vareleta”, el bar donde Libertella compartía las tardes con Ricardo Straface y donde, me aseguró, encontraría a Straface. Tuve que pasar varias veces por la esquina de Scalabrini Ortiz y Paraguay hasta dar con él. En realidad, no sabía bien quién era, excepto por la biografía de Osvaldo Lamborghini, que acababa de salir. Cuando me cansé de pasar sin entrar, lo hice y pregunté al mozo si sabía quién era Straface, me miró con amabilidad pero sorprendido, para él era obvio quién era esa persona. Me señaló a un hombre que no estaba a más de

dos pasos míos y que había escuchado que alguien preguntaba por él. Cuando me senté no hubo incomodidad, me dijo que estaba encantado y que volviera a los días, que tenía más tiempo, y charlábamos.

*Aquel mozo ahora está a cargo —creo— del Varela Varelita y no sé muy bien a raíz de qué, pero sé que el aura secreta de Libertella algo tiene que ver, se volvió el bar de referencia de la bohemia de becarios, freelancers, jóvenes editores y posadores para André Kertész. El fernet lo siguen sirviendo con Coca de vidrio y el sándwich sigue siendo con pan con cáscara. El retrato de Libertella sigue reinando desde la columna, ahora acompañado de muchas más fotos. Hace menos de un mes, a fines de abril de 2023, pasé por la puerta y allí estaba Ricardo, conversando.*

A los días, me encontré con él y hablamos de todo pero lamentablemente esa grabación se perdió. Sin embargo, hubo momentos de esa charla que definieron mi manera de imaginar a Libertella: las anécdotas de café, la generosidad absoluta, la falta de especulación, el humor, la inteligencia, la hiperlucidez, el trabajo obsesivo sobre los inéditos. Straface me contó por qué, si le pedía un Pepe Bianco al mozo, me iba a traer un whisky JB, me explicó cómo habían bautizado las mesas del bar y me señaló una foto que él mismo había colocado en homenaje a su amigo en una de las columnas del “Varela Varelita”. Cuando la conversación se acababa, Straface abrió su agenda y la puso a mi disposición. Me dijo que hablara con César Aira, Laura Estrín y Marcelo Damiani. Y con ellos hablé.

*Al regreso a Mar del Plata, me mudé con Poppy, compré una computadora portátil y, para engordar mi nuevo trabajo como becario, comencé a hacer suplencias como profesor. A la salida de un colegio secundario, fui asaltado y perdí la mochila con la computadora. Y así como se fue mi bien más oneroso también se fueron algunas de las entrevistas de aquellos días porteños.*

Junto con la grabación de la entrevista a Ricardo Straface perdí una amena conversación con César Aira, en un restaurante de Flores, donde hablamos de la amistad que lo unió a Libertella, me contó anécdotas, la forma en que Libertella y Tamara Kamenszain lo ayudaron a publicar alguno de sus libros, la forma en que luego Aira ayudaría a Libertella,

de algunos gestos divertidos, de algunos chistes como la vez en que Libertella le pidió a Straface que no le mandara más a una empleada que limpiaba su departamento porque dicha señora era una obsesiva de la limpieza.

En un café, a dos cuadras de Puán, como se denomina en Buenos Aires la sede de la Facultad de Filosofía y Letras, estuve casi una hora sentado a una mesa de distancia de Laura Estrín sin darme cuenta de que era ella. Los dos llegamos antes y los dos esperamos a que llegara el otro a la hora indicada. Por fin me levanté, le pregunté si era ella, nos reímos y me invitó a su mesa. Habló con sinceridad y con fuerza y habló del realismo en un sentido tan literal y extremo que su idea no tenía nada que ver con lo que yo había concebido por tal cosa hasta ese momento. Antes de que le hiciera ninguna pregunta, remarcó que la muerte de Libertella significó la pérdida de una forma de humor y de bondad irrecuperables.

Después sí me explicó su idea de realismo. Unió realismo y vanguardia y en ambos casos se refería a puntos extremos, al momento en que un escritor busca alcanzar lo que no se puede: “Cuando yo digo vanguardia, digo vanguardia real. Digamos un movimiento de profunda vanguardia, de querer tocar el límite. Héctor siempre quiso tocar un límite. Cuando yo digo vanguardia, digo, por eso vanguardia real, un borde. Me parece que Héctor estuvo en un borde y en los últimos años teorizó y vivió ese borde, desde todos los lugares que uno pueda llegar a pensarlo”.

*A veces me pregunto cuál será el límite que quiero tocar y me veo deambulando en la oscuridad, estirando la mano debajo de una sábana. Por suerte, enseguida escucho las risas de mis amigos que me dicen que ya está bien, que no sea tan fantasma.*

Ese camino para Estrín se conecta con el cruce entre la teoría y la ficción tan propio del Libertella posterior a la publicación de *Nueva escritura en Latinoamérica* (1977). Y como muchos a los que les hace ruido este tipo de cruces, Estrín sostiene que Libertella es un caso particular porque “la teoría en Libertella no está cruda ni cocida, está podrida, por

eso funciona” y me señala que, como la literatura de Philippe Sollers, la de Libertella y la de Carlos Correas “son escrituras que sostienen la pregunta” y por eso se mantienen en una posición de disrupción permanente, porque nunca llegan a afirmar nada. Plantear la pregunta (¿por la literatura?) y sostener su potencia en el tiempo parece ser el logro de la obra de Libertella.

Esa misma tarde tomé dos colectivos hasta el “Varela Vareleta”, donde me encontraría no con Straface sino con Marcelo Damiani. Me habían hablado del proyecto que tenía, un libro, una comunidad de intelectuales que se reúnen para intercambiar lecturas sobre Libertella. Hablamos durante dos horas. Me contó que Libertella reescribía y reescribía sus libros pero que finalmente el proceso se inclinaba hacia lo definitivo, hacia la obra completa y ya no hacia la perpetua variación. También me explicó con detalles el proceso de construcción de los libros, me contó que los escribía a máquina, los encuadernaba, los numeraba, en algunos casos les ponía tapas de cartulina y hasta les agregaba ilustraciones, luego hacía copias y se las mandaba a sus amigos. El diseño estaba completamente a su cargo, las páginas, las tapas, todo, y trataba que sus editores lo respetaran. Libertella no paraba de trabajar y tanto lo hacía que cuando sus amigos lo llamaban para comentarle qué les había parecido el último libro, Libertella les decía: “Olvidate, ya lo cambié”. Y probablemente a los pocos días les llegaba la nueva versión. Le pregunté por el lugar que quedaba para la interpretación en Libertella. Me respondió que su obra “tiene que ver más con el orden de lo epifánico, del deslumbramiento, un orden, casi te diría poético y una poesía más bien conceptual, intelectual o psicológica, del orden de lo psicoanalítico. A mí me parece que su literatura va por ese lado, un lado muy particular y muy arriesgado, casi podría decir que es muy fácil de rechazar esa literatura, en un principio, porque produce gestos, en un punto, es una literatura pictórica, uno está ante un cuadro que no entendés y te corre. Te vas, te genera cierta molestia corporal. En ese sentido, la literatura

de Héctor está más en contra de la interpretación. Es una literatura anti-interpretativa”. En algún momento, Damiani dijo algo que yo ya sabía pero no podía enunciar: “no hay un escritor que se parezca a Libertella”. En el momento lo di por cierto y aún hoy se mantiene como una premisa sin refutar. A fines del 2010 pude leer *El efecto Libertella*, el libro que estaba preparando cuando lo conocí.

*Con Marcelo he sostenido la conversación. Prologó mi primer libro sobre Libertella, estuvo ahí en la defensa de mi tesis de Maestría. Recién hace unos pocos años, tan luego, usa celular. Nos vemos salteado, pero nos vemos. La última vez dejé a Matilda en casa de una amiga suya, en Coghlan y nos encontramos con él en La guitarrita. Fue en noviembre de 2022. Llovió a cántaros y las horas pasaron hasta que Dinah me pidió que buscara a mi hija. Volví al trote y saltando charcos, llegué empapado. Matilda se despidió de Morita y volvimos al departamento de Gloria Teresa Trinidad, mi tía, que increíblemente vive arriba de Librería Norte. No faltó el nerviosismo en la noche lluviosa, varios cruces de calle en el que el auto flotó por un segundo y una decisión temeraria: volver a Recoleta por Retiro vía autopista con la seguridad de que así esquivaríamos cualquier inundación.*

A los días del encuentro con Damiani, crucé la ciudad para llegar al extremo norte, donde me esperaba Daniel Guebel en su casa, que también estaba preparando un libro relacionado con Libertella. *Mis escritores muertos* se publicó a las semanas de mi regreso a Mar del Plata, en la segunda mitad de 2009. Como a casi todos, lo primero que le pregunté fue cómo lo había conocido y me dio una respuesta tan potente que si alguna vez escribiese una novela sobre Libertella me gustaría empezarla con sus palabras: “Sé cuándo y por qué dejé de verlo pero no sé cómo lo conocí”.

Guebel me habló de sus experiencias como joven escritor al lado de Libertella: “lo que recuerdo es que Héctor decía que si él hubiese tenido mucha plata, me hubiese contratado a mí para fabricar todas las literaturas posibles. Porque él apostaba que yo iba a diversificar y a diversificar”. Tomamos un té, me contó algunos proyectos editoriales y llegamos a la alquimia. Yo no había pensado en la alquimia pero Guebel la puso en primer plano. Todavía me pregunto cómo funcionan determinadas cosas en la literatura de Libertella, cómo funciona la alquimia, cómo la genética, el psicoanálisis, la arquitectura.



Todo entra en la literatura y “se pudre”, como decía Estrín, junto a la ficción y la teoría. Cuando le pregunté cómo funcionaría la revelación en la obra de Libertella, Guebel me respondió: “En un punto, era el ¡ah! de Héctor. Yo le decía pero qué mierda encontrás en la alquimia, pero por qué andás perdiendo el tiempo en eso, en las escrituras herméticas, en reescribir y Héctor me decía: ¡ah!. Y yo le decía: ¡ah!, qué. Y él me decía: ya vas a ver”. Después le pregunté, repleto de ingenuidad por el significado de una frase enigmática y me respondió: “Si genera enigmas, no trates de dilucidarlos, deja que el eco de ese sonido que no se produce siga haciendo huella en vos. Es precisamente ese enigma de lo que no pudiste reducir en una serie x de significados lo que te lleva a escribir un libro sobre Libertella”. Antes de que me fuera, aclaró que a Libertella lo dejó de ver porque no pudo acompañarlo, que ya había visto a Lamborghini llegar al extremo y que no podía seguir a Libertella en ese camino.

*Qué cosa. No recordaba haber dicho esto de empezar la novela con la frase de Guebel. Sin embargo, en el cierre del libro que surgió de la tesis doctoral sobre HL terminé parafraseando aquello de “Ah. Ya vas a ver...”.*

A las semanas hablé por teléfono con Fogwill y me invitó a tomar un té a su casa. Nos costó entendernos al principio, gritaba del otro lado del tubo y no me dejaba decir ni quién era ni qué quería. Terminé entendiendo que debía llamarlo al día siguiente porque estaba con los hijos. Lo volví a llamar y entendí que estaba invitado a su casa. Por teléfono me dijo que me podía contar cómo le habían serruchado el piso a Libertella, cuando era el gerente de la sede argentina de Fondo de Cultura Económica. Me lo contó y me contó cómo fue que él, con su ojo que todo lo entiende, se había dado cuenta que el asistente era un mequetrefe que estaba tratando de desplazarlo. Era natural que Fogwill me hubiese citado para hablar “contra alguien”; por suerte no era contra Libertella: “él me interesaba porque era no un gran lector, era un lector privilegiado, entendía todo lo que uno había

escrito, cosa que no es frecuente, ningún crítico de los que andan firmando por ahí entiende lo que lee, entiende bien lo que lee. Él tenía una comprensión total, mi impresión es que entendía todo por dos cosas: primero, porque muy poca gente entiende todo, la gente que entiende bien desestima los libros, ‘Esto ya lo conozco, ya sé lo que va a pasar’ y cuando lo confirmás, en la página 32, chau, ya no te interesa el libro, aunque te lo hayan recomendado. Él, a diferencia de eso, de esas personas, se tomaba en serio lo escrito, y segundo porque leía como un corrector de pruebas, era un editor”. Después me pidió que apagara el grabador para contarme cosas que prefería no quedaran registradas.

*Cuando bajamos en el ascensor me di cuenta de que había olvidado el grabador arriba. Como soy de los que prefieren afrontar las situaciones difíciles lo más rápido posible, se lo dije antes de llegar a planta baja. También soy de los que suelen interpretar ciertos insultos como gestos de cariño y en el transcurso del doble viaje en ascensor recibí muchos de esos gestos afectuosos.*

El mismo día, un rato antes, me había encontrado con Tamara Kamenszain. La reunión fue en un café cerca del Jardín Botánico. Charlamos de todo, ella respondió todo y también hizo sus preguntas. Me contó cómo conoció al que la acompañaría por muchos años, me contó de Mauro y de Malena Libertella, sus hijos, me explicó las peripecias de la publicación de la primera novela de César Aira. Me contó que se fueron a México ahogados por la dictadura y cómo volvieron a la Argentina. Subrayó la importancia que tuvo Osvaldo Lamborghini para ellos. Recuperó algunas de sus discusiones teóricas y me dijo que Libertella se defendía de sus críticas diciendo que él no se había quedado pegado al posestructuralismo, sino que había iniciado un viaje: la puesta en acto de esa propuesta. Kamenszain me dijo que Libertella, tal vez, fuera el último escritor del siglo XX.

*Esa voz que ella me trajo y esa idea de que él había hecho una puesta en acto, en español rioplatense, diría, me acompañan hasta hoy.*

Casi nadie lo nombra pero sé que tengo que hablar con Eduardo Stupía. Libertella le pidió colaboración en sus libros durante los últimos 20 años de su vida y hasta comparte la firma con él en la *Arquitectura del fantasma. Una autobiografía*. Como no sé a quién pedirle el teléfono, le escribo un e-mail a Larisa Zmud, una amiga que trabaja en galerías de arte. A las veinticuatro horas tengo la dirección y a los pocos días, Stupía me invita a un café en el barrio de Once, donde tiene su taller. Conoció a Libertella cuando estudiaba en Bellas Artes y no tardó en colaborar en alguno de sus libros. Me explica que funcionaba como un técnico, en el sentido de que los pedidos de Libertella eran muy precisos y nada quedaba librado al azar. Así creó la armadura de huesos de *¡Cavernícolas!*, la fuente barroca de *Las sagradas escrituras*, el hombrecito de *El paseo internacional del perverso* o el mapa que une Veracruz, Ingeniero White y Hawaii en ese mismo libro. También me cuenta que tenían un proyecto –“El museo del bazar de todas las cosas del mundo”– donde se irían conectando “dos ruedas de desplazamientos”: la de Libertella y su literatura, la de Eduardo Stupía y sus ilustraciones y sus archivos. En los cruces de esas ruedas se unirían dibujos con definiciones o explicaciones al modo de una enciclopedia de forma que una quedaría atada a la otra.

Stupía, al igual que Guillermo Saavedra, trata de que entienda la importancia de la voz de Libertella. Es muy lindo ver cómo los amigos tratan de recuperar esa voz y lo más difícil, tratan de que entienda por qué esa voz tenía mucho en común con su escritura. También habla de mí. De lo tarde que llegué a Libertella. De haber llegado 3 o 4 años antes, nadie me tendría que explicar cómo hablaba.

Como todos, Stupía también tiene muy presente la importancia de los originales de Libertella: “él sabía que esa edición artesanal iba a ser convertida en una edición industrial pero ese formato inicial ya era una obra, no era meramente un boceto, los originales de Héctor son obras de este sistema que estamos tratando de describir, son objetos, son libros

objeto, son objetos anómalos de esta literatura, de este modo de ser de la literatura que él, no digo encarnaba, pero que él llevaba adelante”.

Un día después del encuentro con Stupía, me trasladé de Once a Palermo para ver a Mauro, el segundo hijo de Libertella. Tiene mi edad, tal vez uno, dos años más. Hablamos de todo. Me recomendó autores, me brindó opciones de cosas para hacer en Buenos Aires. Después hablamos de su padre. Como la mayoría de la gente con la que hablé del tema, Mauro sostuvo que la reescritura en Libertella es el modo de ser de su literatura, la forma en que existe, pero él fue más allá. Para él, la muerte dio vuelta ese modo: teóricamente la reescritura sería perpetua, pero en los hechos no puede ser así por lo que Libertella, en cuanto advirtió su mortalidad, dio un giro a su poética. Mauro se puso en lugar de su padre: “Puedo seguir reescribiendo toda mi obra eternamente. Al mismo tiempo, creo que estos inéditos o estos libros póstumos, y sobre todo *Zettel*, son un modo de clausurar, digamos, ese disparo al infinito, es decir: bueno, escribo una serie de libros póstumos, que son la reescritura de toda mi obra y ahora sí le estoy dando un cierre a eso que podría ser algo infinito. La muerte tiene que ver con ese cierre, de un modo muy trágico, si querés muy romántico, que es dejar los libros y morirse. Tampoco quiero idealizar la muerte y decir bueno, me muero para que mis libros póstumos sean verdaderamente póstumos, es demasiado quizás. Pero es imposible no pensar en la muerte como un factor de los originales que quedaron, dentro de la reescritura de toda tu obra, qué sé yo, lanzarte al vacío en los últimos cuatro años de tu vida y decir: voy a reescribir toda mi obra en esos cuatro años, no voy a publicar estos libros que estoy escribiendo y los voy a dejar en un estante con un mapa de cómo tienen que ser publicados. Es imposible no meter la muerte ahí como un significado más, posible. Puede ser una construcción crítica después de que murió el escritor pero en este caso me parece que era una construcción crítica del escritor en su obra porque la muerte está metida en todos esos libros, es impresionante”.

Después, me contó algunas anécdotas, las lecturas que hacía Libertella, la forma en que pensaba todo desde la literatura, la forma en que recurría a los discursos más raros, extravagantes o simplemente atípicos para ver cómo funcionaba la ficción en ellos. Me relató cómo una vez le mostró a su padre canciones de los Redondos, la banda de rock más importante de la Argentina, y Libertella se quedó escuchando y después le explicó que el juglar, cuanto más críptico es, más masivo puede ser. Y con eso Libertella explicaba la cantidad de devotos de la banda de rock.

*En 2011, viajé con un scanner hasta Palermo con la expectativa de digitalizar los inéditos de HL. Fue un viaje enorme por lo que significaba para mí: había consultado con archivistas y bibliotecarios cómo trabajar, cómo tratar el papel, cuál era la mejor manera de catalogar textos inéditos. Cuando llegué al departamento de Mauro, entendí que habíamos estado hablando de cosas distintas. Él me ofrecía los libros publicados y yo había ido preparado para encontrarme con todos los inéditos. Disimulé como pude mi despecho y volví a Mar del Plata aturdido y abrumado. Seguimos en contacto, Mauro nos dio una gran mano cuando Puente Aéreo publicó los primeros libros de Martín Zariello, después ya no nos volvimos a ver. Todavía me cuesta deshacerme de la frustración de esa tarde y dejar atrás el malentendido, incluso cuando una parte de mí agradece que haya sido así: de haberme encontrado con la responsabilidad del arconte me hubiese convertido en un genetista y posiblemente me hubiera jubilado atado a esa montaña de papeles.*

En esa primera estadía en Buenos Aires, Damián Tabarovsky fue la última persona con la que me encontré. Nos reunimos en su oficina, en el edificio de la editorial donde trabaja. Tabarovsky escribió un libro en que coloca a Libertella en un lugar central de la literatura argentina, *Literatura de izquierda*. Es una toma de posición de Tabarovsky como escritor y un reconocimiento a Libertella, junto a César Aira y Fogwill, como los escritores más importantes del último cuarto del siglo XX.

En su momento, Tabarovsky fue director de la editorial Interzona, y tenían planeado publicar *Zettel*, que terminó publicándose de forma póstuma en Letra Nómada. Sin embargo, esto da la pauta de que Libertella quería publicarlo en vida, más allá de que el texto contiene en su configuración la marca de lo póstumo. También sirvió para confirmar lo que muchos habían dicho sobre la búsqueda de que fuera respetado por los editores lo

pautado por Libertella desde los originales en las cuestiones de diseño y edición del libro. En este sentido, Tabarovsky conjeturó que Libertella pensaba en “los libros y los textos y cómo los textos se convierten en libros y cómo hay libros que nunca fueron textos, que fueron libros”. En esta diferenciación, los libros de Libertella nunca fueron textos, nacieron pensados como libros para entrar en el mercado sabiendo cuáles son sus determinaciones, no para ser exitoso en el mercado sino para que la escritura no ignore el material y la forma en que circulará. Tabarovsky me contó que cuando Straface estaba escribiendo la biografía de Osvaldo Lamborghini y dudaba acerca del modo en que debía escribirla, “Héctor era un tipo que le decía: escribí, no le hagas caso a nada, no escuchés a nadie, no importa si el libro tiene dos mil páginas o dos, no te dejés llevar por el mercado”.

A fines de julio de 2009, volví a Mar del Plata con un grabador lleno de bytes, con las voces de todas estas personas entre las que figuraban algunos de mis escritores de preferencia, gente que ni siquiera conocía, futuros amigos, todos lectores de la obra de Libertella y todos con un recuerdo muy afectuoso de su persona, dispuestos a ser amables y generosos ante mis llamadas, visitas y preguntas. Sin embargo, ese era sólo el principio. Durante el año siguiente estuve en contacto vía e-mail con Guillermo Quartucci, un especialista en literatura japonesa que se radicó en México hace muchos años y que había sido gran amigo de Libertella desde su juventud. También tuve intercambio de correos con Lorenzo García Vega, el escritor cubano en quien Libertella encontró un par en sus últimos años.

Guillermo me contó muchas cosas de Bahía Blanca, donde Libertella vivió hasta los veintitantos años. Estudiaron juntos en la secundaria, se apasionaron por el cine y por la literatura y asistieron juntos al primer año de Ingeniería Química hasta que, primero Libertella y después Quartucci, se pasaron a Letras. Me explicó que durante esos años

Libertella se convirtió en un fervoroso católico y que *El camino de los Hiperbóreos* da cuenta de eso y que *Aventuras de los miticistas* da cuenta de su distanciamiento de la religión. Libertella en 1962 ya había decidido que quería ser escritor y comenzó a mandar sus textos a cuanto concurso se anunciaba. Así fue que “Argumento Capital” recibió una mención en un premio de cuentos y fue publicado en 1964 y se lo dedicó a Enrique Pierini y a Guillermo Quartucci, “lo que constituye un testimonio irrefutable de la amistad que nos unía a los tres mosqueteros en ese momento”.

Me llamó la atención que, en uno de sus mails, Quartucci decía que Libertella sufría un “*impulso incontrolable hacia la escritura*”; insistí sobre la cuestión y respondió: “creo que Héctor escribía porque era lo único que podía hacer, porque hacia eso lo impulsaba la vida, porque la escritura brotaba incontenible de su interior, como el sudor brota de la piel”. Aún hoy estamos en contacto y, si bien hemos intercambiado largos e-mails, buena parte del relato queda pendiente.

La otra persona con la que me comuniqué a través de correo fue Lorenzo García Vega, quien también fue muy receptivo y terminó dándome una no-entrevista. Yo le mandé algunas preguntas y él, negando que fuera a responderlas, escribió: “Perdona mi demora en responder. Me duele hablar sobre Héctor Libertella. La última vez que lo vi, me acompañó en auto al apartamento donde yo estaba en Buenos Aires. Apretó su cara junto a la mía, y me dijo: ¡Claro, Lorenzo, nos volveremos a ver! Después, cuando volví a Buenos Aires, visité su tumba. Me dejó turulato saber que Héctor estaba para siempre metido en un corralito de hierba verde. El poeta Garamona, que me acompañó, le dejó un cigarro en el corralito, para que se lo fumara. Siento la voz de Héctor, su trepidación. Él era un actorazo. No sé si yo sabría hablar sobre él. Yo no lo olvido. Nunca olvidaré una presentación en Buenos Aires, donde Héctor pidió que se me concediera la

ciudadanía argentina: —Lorenzo es un escritor argentino—, tajantemente afirmó Héctor, con voz y gesto de actor”.

A fines del 2010, un año después de mi primera visita, volví a Buenos Aires para encontrarme con Guillermo Saavedra. Yo había leído una entrevista que él le había realizado a principios de los noventa a Libertella, y Damiani me había dicho que posiblemente era a él a quien Libertella habría entregado lo que consideraba sus obras completas. También sabía que había integrado la dirección de la revista *Babel*, donde Libertella había obtenido cierto reconocimiento a fines de los ochenta.

Llegué a su oficina en el Teatro San Martín y no lo encontré. Me quedé esperando y por suerte no tardó en aparecer. Casi no le hice preguntas. Comenzamos hablando de Libertella espontáneamente y Saavedra habló durante media hora. Yo fui tachando las preguntas que había pensado a medida que las respondía sin que se las hiciese. Fueron veinticinco minutos, tal vez treinta y cinco. Me di cuenta que Saavedra estaba diciéndolo todo y me callé, era un error interrumpirlo. Hay dos pasajes impresionantes. El primero dice: “me parece que su religión, en el sentido de aquello que nos permite re-ligar las cosas que quedaron separadas, pasaba por el lenguaje; digamos que el lenguaje era realmente el lugar físico, emocional, intelectual en donde todo podía ser al mismo tiempo y poner en evidencia todas sus tensiones, sus oscuridades, todas sus posibilidades de significar, de insinuar y de suscitar. Desde ahí armó el centro de eso que yo llamo un icosaedro y también podría ser un panóptico desde el cual él postuló un lugar para pensar toda la literatura argentina, en principio, y toda escritura posible. En ese sentido, yo creo que Héctor, como escritor y como ser social, como amigo, querido amigo, fue absolutamente único”.

El segundo pasaje fue el cierre de la entrevista: “le importaba muy poco todo y en ese desinterés había una profunda alegría y una profunda cordialidad en esa acendrada



vocación de seguir siendo, no idéntico a sí mismo porque eso es impracticable, pero sí persistir en esa posición de un centro único, que era el centro de él, de ese icosaedro del cual él veía, con una profunda felicidad y una tremenda lucidez, la simultánea manifestación de todas las posibilidades del sentido, en un lugar y en un momento determinados que era el lugar y el momento en el que él eligió estar, escribir, dejar de escribir y también, casi se podría decir, dejar de vivir”. Luego de lo cual aclaró: “Creo que con eso te he dicho todo lo que podía”.

*Todavía puedo escuchar la voz de Guillermo y ver la luz artificial de esas oficinas del San Martín. Ese encuentro me dio rienda suelta, fue el momento en el que dejé de escuchar un poco y empezó mi escritura sobre HL. Para escribir Por una literatura diferente volví a releer todas las entrevistas de esta crónica, retomé los diálogos y volví a pensar todo de nuevo, varios años más tarde. Me hubiera gustado entrevistar a muchas más personas, pero así se dieron las cosas. Siempre pienso que Malena Libertella, Luis Chitarroni y Rafael Cippolini fueron los grandes ausentes en todo este periplo. En esa falta estuvieron muy presentes. Pequeñísimos intercambios me dieron la pauta de que para mí estaba bien así y para ellos también, que la voz que importaba en todo esto era la de Héctor.*

Ninguno de los entrevistados dejó de remarcar la extrema generosidad, el humor y la manera única de pensar y practicar la literatura que caracterizaron a Héctor Libertella.

*Parece mentira. Pasó mucho tiempo. Desde mis últimos años de mi carrera de grado, 2007-2008, hasta hoy. Recién en 2021, terminando el manuscrito del libro sobre HL y revisando mi vínculo laboral con la Universidad y, sobre todo, con la investigación académica, asumí ese doble destino que tan claro estaba en 2009. Como me dijo Federico Gori hace poco, estoy de casi todos los lados del mostrador. De alguna manera esta posición reivindica un prejuicio que tenía en mis años púberes: hay saberes que se construyen en las prácticas y el camino académico, en ocasiones, es esquivo a estos saberes. El estudio de la obra de Libertella fue iniciático no sólo en términos de una experiencia de la asemeja, también lo fue en la posibilidad de dimensionar la cantidad de lados que puede tener el mostrador de la literatura.*

*Cuando envié esta crónica a Saúl Sosnowski, la había titulado “Un detective salvaje en busca de Héctor Libertella”. Saúl la aceptó sin mayores objeciones, salvo por una recomendación: elidir la referencia a Bolaño para que no generara un desvío. Los motivos siguen siendo válidos. Ahora que ya pasó el fervor por casi todo, vuelvo a hacerme ilusión con aquello de detective y con aquello de salvaje.*